

## OBSERVANDO A MAESTRA TECLA HE CRECIDO COMO PAULINA



He conocido a Maestra Tecla durante los años del noviciado y del juniorado en Vía Antonino Pio, Roma, desde 1958 a 1964.

El primer recuerdo son las conferencias que nos daba todos los domingos por la mañana, después de la Misa de las diez, en el gran salón con la presencia de toda la gran comunidad romana. El tema de sus conferencias era con frecuencia la liturgia del día, en particular las cartas de san Pablo. Me agradaba la espontaneidad de su lenguaje, muy comunicativo y de fácil aplicación. Nosotras éramos formandas que habitábamos en la Casa *Divina Provvidenza* situada frente a la Casa generalicia de entonces, llamada *Divino Maestro*, donde residía Maestra Tecla con su Consejo.

Sentía en las hermanas mayores la gran veneración hacia la Primera Maestra; de allí mi insistencia en observarla, en ver cómo actuaba... en el verano, después del almuerzo, me gustaba observar a Maestra Tecla y a sus consejeras hacer un breve paseo por el corredor y en el jardín de la Generalicia. Las oía reír, discutir en serena fraternidad, y me sentía edificada. Después, en las primeras horas de la tarde, la veía encaminarse, con paso rápido, hacia el Santuario para la adoración eucarística. Yo elegía con frecuencia aquella hora para hacer la Visita y... observarla. Infaliblemente se ponía en el primer banco a la izquierda y permanecía así por toda la hora con el rostro orientado al tabernáculo. Su actitud testimoniaba una profunda e intensa relación con el Maestro, y en mí crecía el deseo de aprender de ella a orar.

No he tenido muchos contactos particulares con Maestra Tecla, pero cuando la encontraba, ella me sonreía y hacía un signo de saludo con la cabeza. Nosotras novicias, después junioras, teníamos el encargo de limpiar el sábado por la mañana las escaleras de la Casa generalicia. Éramos un equipo vivaz, algunas veces, sintiéndonos tan gozosas, salía de su oficina y nos daba algunos chokolitos complaciéndose de nuestra laboriosidad y alegría.

Un hecho ocurrido durante el juniorado me ha hecho entender la sensibilidad y atención de Maestra Tecla hacia sus Hijas. Fui enviada a una comunidad para ayudar en librería y partí con el entusiasmo apostólico aprendido de Maestra Assunta. Un poco a la vez me di cuenta que la realización de este apostolado, que había, quizás idealizado, no era siempre conforme a cuanto había aprendido en Roma y sufría. Pero no lo hablaba con nadie. Un día me llegó una carta del Gobierno general con la invitación de ir a Roma. Maestra Tecla, con una consejera, me habló con mucha sencillez: «Quizás la comunidad donde te encuentras no es propio adecuada para ti. Hemos pensado mandarte a... te esperan en la Oficina Catequística de la Diócesis donde harás mucho bien. ¡Sucedió justamente así! Nunca supe cómo Maestra Tecla haya entendido que un cambio de comunidad era necesario para mí. Pienso que seguía a cada Hija en la oración y la "sentía" espiritualmente.

Observar y escuchar a Maestra Tecla, ha sido para mí un modo para afirmar en mi la identidad paulina, un compromiso para integrar oración, estudio y apostolado, para conformar la vida al Maestro Jesús.

Cuando regresaba de sus largos viajes, la Primera Maestra nos contaba con entusiasmo los descubrimientos hechos: pueblos, culturas... Y nos hacía saborear la importancia de nuestro apostolado. « ¡Cuántas personas esperan el Evangelio – nos decía – y si no lo llevamos nosotras, que hemos recibido esta misión! ¿quién lo llevará? ».

Gracias, Maestra Tecla, por tus intenciones, que me han abierto horizontes apostólicos bellos y vastos, por tu fe que no se detenía frente a las iniciativas apostólicas más comprometedoras «para hacer el bien», por haberme comunicado con la vida la belleza de la vocación paulina y el gusto de vivirla en plenitud.

Fernanda Bizzarri, fsp